

Recordar, compartir, aprender

**Madrid**

**M<sup>a</sup> Teresa Madrigal González, 70 años**

**Ana Fernández Rodríguez, 19 años**

### **CARTA A MI MADRE**

*Nadie pensaría que tras la alegre expresión de su cara, y los enérgicos movimientos de su cuerpo, haya una mujer que ha vivido tanto, en la misma cantidad en la que ha sufrido. Pero el dolor sale aunque uno no quiera, y las lágrimas se escapan a pesar de que nos esforcemos por retenerlas.*

“He escrito una carta a mi madre”. Éste es el inicio de su presentación, que no cobrará toda su fuerza y sentimiento hasta que añade, “ha muerto hace poco”. La sensibilidad de una mujer a la que siempre le ha gustado esbozar alguna que otra poesía, se refleja en su totalidad en esa hoja de papel cuadriculado que saca despacio de su bolso. M<sup>a</sup> Teresa Madrigal González empieza a leer.

“Sé que esta carta nunca la leerás pero donde estés, sí la escucharas. No sé si en algún momento de nuestra vida hemos pensado si tu y yo nos queríamos como lo que eramos, madre e hija [...]. Después de que ya no estás conmigo me he dado cuenta de lo que he perdido y de lo que tengo que agradecerte. Primero me diste la vida...”.

Teresa nació en el conflicto que enfrentó a las dos Españas, exactamente al final de la guerra, entre los rescoldos del enfrentamiento y los últimos esfuerzos del bando rojo en Valencia. Vivió, creció y estudió en Madrid. La casa de su abuelo materno fue su primer hogar. La perseverancia de la que tantas veces habla Teresa sobre su madre, se evidencia al saber que fue quien sacó adelante a su hija. Con un padre ausente, desaparecido, y preferiblemente así, su madre trabajaba ayudando en casas vecinas y realizando bolsas de papel. Teresa a los 12 años decidió no seguir estudiando, en lo que influyó la situación económica y familiar. Optó por ayudar trabajando, además de cuidar de su hermano pequeño. Cuando tuvo 19 años su madre cambió de trabajo, y gracias a sus prodigiosas manos para la costura, que con esfuerzo Teresa desarrolló también, trabajó en San Mateo casi diez años. Teresa recuerda esa época con una sonrisa mientras habla de la afición que compartían ella y su madre: el cine. Todos los domingos se escapaban a ver una película. En los momentos malos, siempre hay recuerdos buenos que debemos hacer pesar más en nuestra memoria.

“Hemos vivido mucho tiempo juntas a pesar de que yo me había casado y tenía cuatro hijos. Sé que las convivencias son difíciles y no siempre hemos estado de acuerdo”.

A los 27 años Teresa se casó. Ya no trabajaba y se dedicaba exclusivamente a sus hijos. Su madre no estuvo en un principio con ella, pero pocos meses después se mudó a la casa de su hija. Volvían a estar juntas.

“Cuando tenía 48 años me puse a trabajar y tu cuidaste de mis hijos. Gracias a ti, hoy tengo mi vida resuelta...”.

M<sup>a</sup> Teresa comenzó a trabajar otra vez. La situación había cambiado, pero supo adaptarse. Una guardería fue su nuevo destino. Este trabajo supondría una gratificación personal en su vida. Pero no sería el único cambio en esos años.

“Con 50 años me dejó mi marido y entre las dos conseguimos salir adelante. Eramos seis en casa. A pesar de todo yo sentía que el que estuvieses con nosotros no era bueno. Creía que estaría mejor sin ti”.

La vida no dejaría de ser dura aunque el tiempo pasase. Con manos temblorosas y con una emoción que apenas puede disimular, M<sup>a</sup> Teresa lee la parte dura de la carta, no solo por el recuerdo de la ruptura de su matrimonio, sino por la frase que sigue a la narración de ese acontecimiento. Cuando tienes una persona siempre al lado no te das cuenta de lo necesaria que es, incluso atraviesan tu mente pensamientos de los que

Recordar, compartir, aprender

más tarde te arrepientes. Eso le pasó a Teresa, porque como dicen “no te das cuentas de lo que tienes hasta que lo pierdes”.

“Nunca regañamos ni discutimos, el respeto que nos teníamos era mucho, pero el cariño no tiene nada que ver con el respeto y no te hice lo suficientemente feliz. En marzo de 2007 cambió la vida, las dos vivíamos desde hace tiempo solas, y te pasó lo que nunca hubiese querido”.

M<sup>a</sup> Teresa y su madre se iban quedando solas. La vida sigue y los jóvenes deben continuar las suyas también. El pensar en el pasado hace replantearse como actuaste en cada momento. Pero esos pensamientos ya no tienen lugar ni razón de ser. Los dos trombos craneo encefálicos, prácticamente continuos, sufridos por la madre afectó a ambas. No obstante, salió de la situación. Pero por desgracia solo sería el inicio de una serie de tristes acontecimientos. Semanas después una caída provocaría dos operaciones de cadera. Tenía 90 años. De este accidente ya no se recuperaría, acabó sentada en una silla de ruedas.

“Te cuidé todo lo que te pude...pensé muchas veces que te ibas, pero mejoraste. Y para las dos fue el tiempo más feliz de nuestras vidas”.

Se podría pensar que tuvo que ser una época terrible y triste. Fue dura, pero no triste. La unión que ya estaba establecida entre las dos, se afianzó aún más. A pesar de las dificultades las bromas entre hija y madre hicieron esa época más llevadera. Feliz, hasta el final. No se puede condensar su vida en mil palabras, ni explicar el vacío que deja una madre tras su ida. El dolor que provoca mirar hacia atrás y comprobar como su presencia silenciosa, tranquila, trabajadora y amable, que siempre ha estado ahí, ya no se volverá a encontrar. Pero el amor entre ambas no se evaporará y así queda reflejado aquí.

“Hoy estoy con tu recuerdo y mi tristeza, pero sé que me sigues cuidando y que eres más feliz que yo; espero estar algún día contigo, en esa morada de la que tu y yo hablamos un día para vivir, eternamente juntas”.

## **LO IMPORTANTE DE LA VIDA**

La vida es dura, eso está claro. Y hace 60 años más aún. La juventud de M<sup>a</sup> Teresa fue difícil y complicada. No todos los niños o jóvenes tuvieron que vivir de esa manera. Teresa vivió la posguerra en la peor situación: tanto económica como familiar. Pero la vida está para vivirla y hay que intentar hacerlo de la mejor manera posible. Para Teresa lo imprescindible para conseguirlo es tener fuerza, fuerza y valor para seguir adelante. Para esquivar los obstáculos y para levantarse si has tropezado con ellos. Así como ha hecho ella. Y aunque haya veces en las que parezca imposible conseguirlo, hay que buscar una razón importante y valiosa para hacerlo.

Tras su fatídica pérdida, también se ha dado cuenta de lo importante que es, esa persona que tienes al lado, en este caso su madre. Esa mujer que siempre ha estado un paso por detrás para evitar que se cayese y ayudándola en todo lo que ha podido. Esto implica dar valor a lo que nos rodea, darnos cuenta de quién nos apoya y agradecer esa ayuda. La vida es dura, pero hay que saber disfrutarla, porque solo hay una y se acaba sin darte cuenta.